

China: Una Cultura de la Antigüedad

MYRTA R. TOFFOLI de MATHEOS

*Cátedra de Farmacotecnia, Facultad de Ciencias Exactas,
Universidad Nacional de La Plata, calles 47 y 115, La Plata 1900, Argentina*

El vasto contenido de la Historia de la Farmacia y de la Medicina confiere un importante lugar a dos grandes civilizaciones desarrolladas en el lejano Oriente: la de la China y la de la India.

Particularmente en China, donde actividades cotidianas tales como tomar el té, dedicarse al cultivo de las plantas o contemplar la naturaleza están asociadas a una concepción religiosa profunda, la salud y la enfermedad —como componentes de la vida del hombre— no escapan a ella.

Desde los tiempos remotos de la prehistoria este país fue habitado por el hombre; sus rastros fueron encontrados ya a comienzos del cuaternario y el Hombre de Pekín es una demostración de su existencia. Evoluciona luego hacia la protohistoria, donde emperadores o padres celestiales organizan las instituciones, enseñan el uso de las medicinas, establecen el culto de los dioses y de los antepasados e inventan la escritura. Esta época, que se remonta a los 3.000 años a. de C., similar a la védica de los hindúes, fue recopilada en el *Shu-King*, uno de sus libros sagrados.

En el período histórico la religión se afianza con conceptos filosóficos desa-

rollados por grandes pensadores que le dieron a esta civilización una fisonomía propia. Uno de ellos, Lao-Tsé (604-517 a. de C.), escribió el *Tao-Te-King* (tratado sobre el Tao y la virtud) donde explica que *Tao* significa sendero o camino y que representa el principio y fin de todo lo existente, la realidad inaparente que no debe turbarse para que las cosas y las gentes se integren a la armonía del Universo¹. Esa armonía se expresa con el símbolo de lo andrógino, en el cual los dos principios del cosmos —el Yang y el Yin— están representados por un círculo dividido por una línea sinuosa en una región clara y una oscura, interactuando constantemente: el *Yin* simboliza lo femenino, la tierra, la quietud, la humedad, el frío, el invierno, el norte, la debilidad, la luna, la obscuridad y la igualdad y el *Yang* lo masculino, el verano, el calor, la sequedad, el cielo, lo positivo, la dureza, la actividad, la fortaleza, el sur, la luz, el sol y la desigualdad.

La adaptación al doble juego del Yin y el Yang significa salud y la causa de la enfermedad es el desequilibrio de los dos elementos complementarios y opuestos.

Para Kun-Fu-Tse o Confucio (551-

478 a. de C.) la armonía natural se basa en una doctrina moral que exalta el buen comportamiento, capaz de eliminar las causas de la anarquía interior.

Cuando el budismo fue introducido en China en el siglo I de nuestra era, llevó consigo los principios de la ciencia y de la medicina hindúes, que con la ética de Confucio y la pasividad del taoísmo —mezclados inextricablemente con la antigua magia y la demonología, la medicina tradicional y la alquimia chinas— estructuraron un concepto médico-filosófico aparentemente inconsistente que se mantuvo a través del tiempo.

En ese sistema filosófico curiosamente todo queda bajo la influencia del número cinco, asociando los principales órganos internos: el hígado —centro del alma—, el corazón, el bazo, los pulmones y los riñones y los cinco auxiliares: estómago, intestino delgado, intestino grueso, uréteres y vejiga, con los cinco elementos del universo: madera, fuego, tierra, metal y agua, que a su vez están relacionados con los cinco planetas: Júpiter, Marte, Saturno, Venus y Mercurio, con cinco cielos, con cinco estaciones: verano, post-verano, otoño, invierno y primavera, con cinco clases de tiempo, cinco sentidos, cinco sabores y así interminablemente. Extrañas relaciones de parentesco se establecen entre ellos: el corazón pertenece al planeta Marte, al elemento fuego, tiene por enemigo al riñón, por madre al hígado y por hijo al estómago y el rojo es su color.

Esta postura se justifica por el desconocimiento de la anatomía humana debido a que el confucionismo prohibía la disección de los cadáveres, ya que se creía que si estaban mutilados el difunto no podría alcanzar el reino de los cielos.

Como una compensación y debido a su doctrina que incita a la contempla-

ción y a la pasividad, se desarrolló su capacidad de observación, que trajo como consecuencia práctica el reconocimiento de doscientas variedades de pulso, diez mil tipos de fiebre y que, junto al examen de la lengua, el aspecto del rostro y el análisis de las distintas secreciones, les sirvió para fundamentar el diagnóstico de las enfermedades².

La acupuntura, una estimulación agresiva en diversas zonas del organismo con el objeto de restaurar el equilibrio del cuerpo con respecto a los elementos, planetas y estaciones y que se traduce en un restablecimiento de la salud o en un alivio del dolor, es un procedimiento clínico sencillo en apariencia. Consiste en introducir finas agujas filiformes de 3 a 24 cm, guarnecidas con una cabeza de hierro, oro o plata, frías o calientes, en diversos lugares del cuerpo (hasta trescientos ochenta y ocho), a una profundidad no mayor de 2 cm, dejándolas colocadas 15 a 30 minutos o más, pudiendo manipularse con las manos en un movimiento de vaivén o giro. Existen nueve clases de agujas, de sección circular o cuadrada, cada una con una determinada zona de aplicación y un nombre especial para distinguirlas.

Se emplea, entre otras muchas afecciones, para el tratamiento del reumatismo, las neuralgias y como revitalizante. Su fundamento radica en la creencia de que por el cuerpo se extienden una serie de conductos o canales, desprovistos de sangre, en número de doce, llamados *Jing-luo*, por los que circula la energía o fuerza vital. Su obstrucción impide la eliminación de secreciones malignas y por ende provoca la enfermedad³.

La *moxibustión* también es una forma de estimulación de puntos preestablecidos distintos de los anteriores: consiste en la combustión de una "moxa",

trocitos o pequeños conos o barritas, no más grandes que un grano de arroz, de la planta medicinal *Artemisia vulgaris* ("ajenjo"), ya sea colocándola sobre la cabeza de una aguja de acupuntura o sobre una tenue hoja de papel, o directamente sobre la piel, sola o mezclada con incienso u otras drogas aromáticas. Se obtiene un efecto revulsivo similar al producido por el empleo de ventosas escarificantes, por la pequeña quemadura que provocan⁴.

Estas técnicas se deben al longevo emperador Shen-Nung (2838-2698 a. de C.), contemporáneo de los faraones egipcios, a quien se atribuye además la redacción del primer *Pent-Sao*, especie de farmacopea, que constaba de tres volúmenes conteniendo trescientas sesenta y cinco drogas de origen predominantemente vegetal. Enseñó a sus súbditos el conocimiento de las plantas y el uso de instrumentos para la agricultura.

Desde el momento que consideran al hombre un microcosmos dentro del macrocosmos o Universo dan por cierto que existe en éste un medicamento para cada enfermedad. Esto explica la enorme cantidad de sustancias que constituyen la materia médica utilizada por el pueblo chino. Aplican además la "teoría de las señales", que consiste en identificar por un signo o una forma el efecto de una droga; así la nuez se considera adecuada para el tratamiento de las enfermedades del cerebro, el poroto para las del riñón, macerados de luciérnagas para las afecciones de los ojos, etc⁵.

La droga vegetal más importante de su arsenal terapéutico, originaria de Manchuria y Corea, es sin duda el "ginseng" (*Panax ginseng*), de la cual se utiliza la raíz, que por adoptar comúnmente la forma de una figura humana ha contribuido a fomentar su fama de panacea.

Obsequiada como alhaja (ya que por ser extremadamente solicitada llegó a tener precios exorbitantes), se ingería en ayunas durante 3 a 8 días consecutivos luego de ser sometida a un cocimiento. El agua utilizada en la cocción también se empleaba como bebida habitual. Se le atribuían propiedades revitalizantes, diuréticas e hipoglucémiantes, que ciertos trabajos actuales han corroborado⁶.

Otra droga vegetal famosa era el *Ma-Huang* o "efedra" (*Ephedra sinica*), usada contra el asma y la tos. Su empleo en medicina moderna por su contenido en efedrina (un alcaloide simpaticomimético similar a la adrenalina) es relativamente reciente y avala sus valiosas propiedades⁷.

Es enorme la cantidad de drogas vegetales empleadas empíricamente por los chinos y que revisadas científicamente en la actualidad demuestran una marcada acción terapéutica: la corteza de la raíz de granado como astringente y antiparasitario, el ruibarbo o *Ta-Hang* como purgante, el acónito como hipotensor y antineurálgico, la salvia para activar la circulación, el bambú como febrífugo, las algas marinas para el tratamiento de la gota, las semillas de calabaza como antiparasitarias, medicamentos derivados como el opio (obtenido de la cápsula del *Yin-Suh* o amapola) para los trastornos intestinales y la disentería, etc⁸.

El *Ma-yav*, una asociación de estramonio, beleño y cáñamo indiano, era utilizado como anestésico en las escasas intervenciones quirúrgicas que realizaban: castraciones o corrección del labio leporino, ya que sus convicciones religiosas eran contrarias al derramamiento de sangre y a las mutilaciones.

Drogas del reino mineral también eran empleadas frecuentemente: el azufre como antiparasitario, las sales de hie-

rro para el tratamiento de las anemias, el sulfato de cobre como antiséptico y el de sodio como purgante, el alumbre como astringente, el mercurio como antisifilítico y el caolín para los problemas gastrointestinales, etc.

Otro rasgo de la terapéutica china era el empleo copioso de vísceras animales, con la ingenua creencia de que al ingerir pulmones se cura una dolencia pulmonar, o riñones cuando el órgano afectado es el riñón. Esta organoterapia también estaba influida por sus principios doctrinarios: el respeto hacia los progenitores obligaba moralmente a los hijos a recortar la musculatura de sus extremidades, que bajo forma de cocimiento les era administrada a aquéllos para fortalecerlos en su vejez.

Prescribían sus medicamentos en forma complicada. La receta, de color rojo, contribuía a ejercer de este modo una acción sugestiva que se acrecentaba cuando el paciente la ingería para reforzar el efecto de aquéllos. Las formas medicamentosas más corrientes eran los tés, infusiones o sopas, que se preparaban siguiendo un ritual muy elaborado y ceremonioso, pero también eran comunes los cocimientos, lociones, vinos, colirios, polvos, ungüentos, pomadas o emplastos. De hecho existía una confusión entre comidas y remedios, porque para ellos lo que era bueno para el cuerpo era alimento y medicamento a la vez. De allí que se encuentren asociados al tendón de tigre con el vino de quina o la piel de asno salvaje con pimienta, salvia o aromatizado con almizcle.

Varias de sus prácticas médicas y de sus medicamentos han sido incorporados a la Medicina y Farmacia occidentales y están siendo estudiados con criterio científico, confirmándose en muchos casos la bondad de su uso. Un razonamien-

to, quizás simplificado, sirve para avalar lo antedicho y es el hecho de que los chinos —con medidas dietéticas e higiénicas, un trabajo ordenado y ejercicios físicos, con medicamentos preferentemente vegetales y con acupuntura y prácticas relacionadas, respetando en cada uno de sus actos el equilibrio permanente establecido por el Yang y el Yin— se han constituido en el pueblo más numeroso del planeta.

Hasta llegaron a conocer el principio de la inmunización como medida profiláctica y la capacidad de absorción de la mucosa nasal, ya que practicaban la "variación" (precursora de la vacuna antivariólica), para lo cual transmitían a una persona sana la infección de un paciente con una viruela suave y benigna. Por sofisticadas técnicas obtenían un polvo de las costras de las pústulas que luego introducían en la nariz soplando por un tubo de bambú, eligiendo la ventanilla izquierda si se trataba de un hombre y la derecha si era una mujer. Este descubrimiento es uno de los hechos fundamentales de la medicina universal. Occidente debió soportar epidemias que diezmaron sus poblaciones por su desconocimiento.

El pueblo chino, con una estructura social donde los lazos familiares eran casi indestructibles y la habilidad de doblarse sin romperse una forma de aceptación de la vida, desarrollaron las ciencias y las artes en una total identificación con el mundo circundante. A este equilibrio debe su supervivencia y se constituye en un ejemplo para las comunidades modernas.

El conocimiento de los hechos del pasado y su revaloración actual afirma una vez más la importancia de la Historia como una disciplina al servicio del Hombre.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Huxley, J. (1973) "*Biblioteca de los Conocimientos*", Plaza y Janes S.A., Eds., Barcelona. Vol. 1, págs. 27-37
2. Sánchez Quisande, G. (1945) "*Historia de la Medicina*", Ed. Atlántida, Buenos Aires, págs. 28-33
3. Crónica de la O.M.S. (1980) 34: 318-25
4. Di N. de González Lanuza, M.M. (1981) "*Historia de las Ciencias Farmacéuticas y Bioquímicas*", CEA, Buenos Aires
5. Coviello, M.G. de (1951) "*Historia de la Farmacia. Hebreos y otros pueblos de la Antigüedad*", Instituto de Farmacia, Universidad Nacional de Tucumán, págs. 31-8
6. Rosella, M.A. (1982) *Acta Farm. Bonaerense* 1: 39-47
7. Tyler, W.E., L.R. Brady y J.E. Robbers (1979) "*Farmacognosia*", Ed. El Ateneo, Buenos Aires, págs. 251-2
8. Wen, W. (1979) *El Correo de la UNESCO* 32: 25-7